

En torno al matrimonio *gay*¹

Didier Eribon

Traducción de Antonio Marquet

HAY MOMENTOS EN LOS QUE LA HISTORIA bruscamente se acelera: sobreviene un acontecimiento y entonces se ve cómo cristalizan en torno suyo movimientos que agitaban a la sociedad desde muchos años atrás; cómo se crean o se recrean líneas de fractura que dividen al mundo político; cómo se intensifican conflictos que atraviesan el campo intelectual; cómo se profundizan las cuarteaduras que ya fisuraban los sostenes de los edificios científicos en apariencia mejor establecidos y más seguros de su solidez... Todo esto se ve amplificado por entusiasmos mediáticos que prueban la importancia del acontecimiento al mismo tiempo que lo fabrican, pero también se ve deformado por la irreprimible tendencia a la captación y al filtraje periodísticos para simplificar los fenómenos o reducirlos a su aspecto más sensacionalista.

De seguro fue esto lo que se produjo en Bègles el 5 de junio de 2004, cuando un ciudadano electo, inscribiéndose con valor y determinación en la enorme y bella tradición de la desobediencia civil, celebró por primera vez en Francia un matrimonio entre personas del mismo sexo. La fuerza desestabilizadora de su gesto era enorme, pues sacudía el basamento del orden familiar y de las estructuras heterosexuales de la alianza y —por lo tanto— del parentesco. Sin duda esto explica la violencia de los debates y las polémicas que lo precedieron, rodearon y siguieron. Toda la retórica, la totalidad de los argumentos movilizados antes y ahora contra el derecho de voto de las mujeres (y anteriormente contra su derecho al trabajo o a su autonomía jurídica), contra el divorcio, luego contra el aborto, la contracepción o, en lo que respecta a los homosexuales, contra el PACS (Pacto Civil de Solidaridad), fueron convocados para tal ocasión en términos invariables: la defensa de la “familia” (es decir la idea de la familia tal

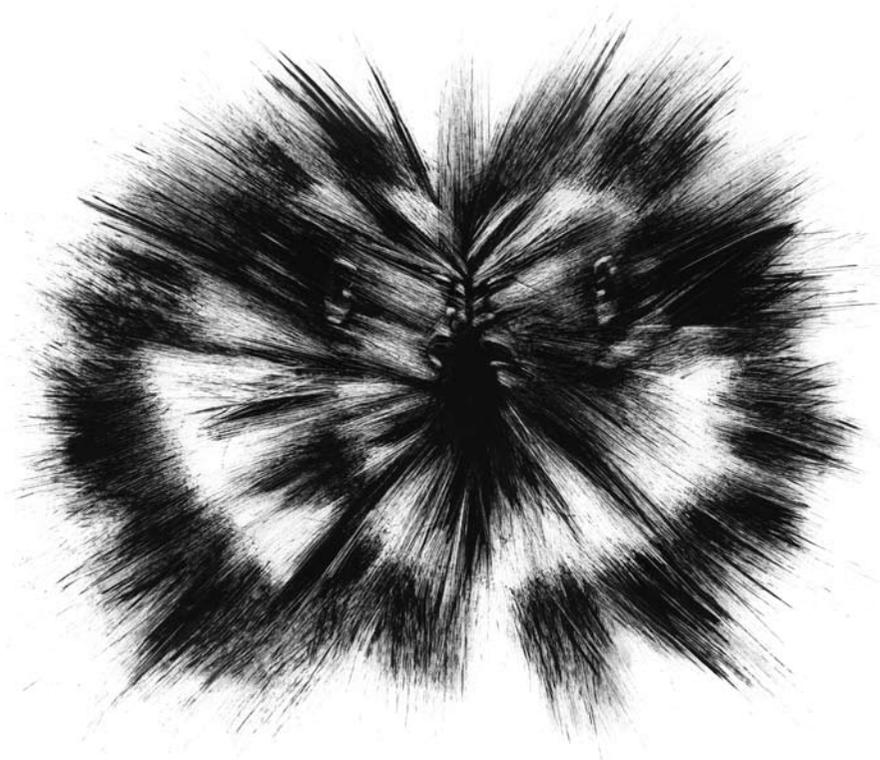
como las iglesias cristianas la fantasean y están dispuestas a promoverla e imponerla, pero que no corresponde en nada a las vidas familiares reales), la “diferencia de los sexos”, la polaridad y la complementariedad de los roles sexuales fueron presentados otra vez como los fundamentos de la civilización, las condiciones insuperables para la entrada de los individuos a la cultura, el acceso al lenguaje y al estatuto de sujeto humano. Como siempre, se pudo leer que lo que estaba en juego era la “supervivencia de la sociedad” (de hecho se trata de la supervivencia de cierta sociedad, la que no concedía ningún lugar y nulos derechos a los *gays* y a las lesbianas), o incluso la “perpetuación de la humanidad”.

Todos los absurdos proferidos *ad nauseam* en el curso de 2004 son los mismos que han servido para oponerse, decenio tras decenio, a cada avanzada del derecho que tiende a asegurar la igualdad política, social, cultural y jurídica de los ciudadanos con independencia de su sexo o de su orientación sexual. Estos esquemas ideológicos nunca cayeron en la ruina o en el descrédito cuando aquello contra lo que se invocaron se convirtió en una realidad: en desuso, infatigablemente se les saca del cajón donde se les había metido de forma provisional, y se reactivan para servir de freno a las nuevas reivindicaciones. Lo que conduce a extrañas proximidades por encima de las épocas, cuando, por ejemplo, algunos responsables de la actual izquierda socialista repiten casi palabra por palabra contra el “matrimonio homosexual” lo que la derecha cristiana de la década de 1930 invocaba contra la emancipación de las mujeres. Con el elemento suplementario de invariabilidad histórica que, hoy como ayer, representantes de la “ciencia” se movilizan para aportar el apoyo de su “saber” a esa producción discursiva reaccionaria —con la única

diferencia de que a los psiquiatras de antes sucedieron los psicoanalistas o los antropólogos.

Pero ni los partidos políticos ni los campos de saber constituyen conjuntos homogéneos. Ya sea por razones de convicciones profundas o por efecto de la rivalidad entre partidos o dentro de los partidos, numerosos responsables políticos consideraron que era importante apoyar las reivindicaciones en

un buen indicador de la profundidad de esa crisis. El “matrimonio homosexual” y todo lo que gravita en torno suyo (homoparentalidad, redefinición de la pareja, de la familia, etc.) puede ser considerado como una verdadera irrupción herética, que habrá contribuido a destrabar el apretado tejido del pensamiento ortodoxo, normal y normativo.



curso, e incluso en el caso de los más progresistas participar en las acciones que les daban vida. De la misma manera, las disciplinas intelectuales no son nunca monolíticas, ni siquiera las más apegadas a sus dogmas fundadores; hubo psicoanalistas y antropólogos que se rebelaron contra los usos normativos y prescriptivos de sus disciplinas y refutaron la posibilidad de utilizar sus métodos y los conceptos para cerrar la puerta a las transformaciones sociales. Algunos no vacilaron en sugerir, aunque tales corrientes son aún minoritarias, que había llegado el momento de repensar en su totalidad la definición y los instrumentos teóricos de los campos científicos que han quedado maltrechos por evoluciones de la sociedad.

En consecuencia, el “matrimonio de Bègles” no sólo provocó una proliferación espectacular de discursos, lo cual constituye el mejor signo del éxito de una acción política (cuando todo el mundo se siente obligado a expresar su opinión o se le pide); por igual se puso en crisis tanto el campo político como el intelectual. Y la violencia de ciertas reacciones es

En el curso de los años anteriores, en el momento en que se debatía el PACS, ya se habían hecho escuchar voces entre los militantes de la igualdad para denunciar las insuficiencias de ese nuevo marco jurídico (que confiere tan pocos derechos a los contratantes). Con toda evidencia, ese “pacto” fue una concesión arrancada por el movimiento *gay* y lesbiano al término de una prolongada batalla, pero fue concedido de tal manera para que las parejas homosexuales permanezcan lejos de un reconocimiento pleno y completo. Aquellos que subrayaban entonces el carácter discriminatorio del PACS tenían toda la razón. Pero debo confesar que, a pesar de eso, la reivindicación del derecho al matrimonio que tanto subrayaban nunca me pareció loable. La apoyaba, por supuesto. Y de manera incondicional. Además me parecía necesario resistir al discurso homófobo que pretendía frenarla. Pero la consideraba como algo ganado, detrás de nosotros –ya no era sino una

cuestión de tiempo–, y prefería adherirme a la idea de que se podían inventar nuevos modos de vida y otros derechos, ya sea para las parejas o para diversas formas de convenios sexuales, afectivos, amistosos. Desde esta óptica, el PACS constituía en mi opinión un excelente ejemplo de las nuevas formas jurídicas que es posible crear, y por lo tanto podía servir como punto de partida para una reflexión sobre el posible reconocimiento de relaciones entre varios, de familias pluriparentales, de nexos de amistad...²

Pero sucede que uno se ve obligado, por desarrollos inesperados, a reformular lo que creía pensar (y que ha terminado por ser sólo la repetición no pedida de lo que se había pensado antes). Uno no elige la actualidad: se impone por sí misma. Lo que se elige es la respuesta que se le da, la acogida que se le reserva, la posición que uno se forja. Y tal reacción no podría estar escrita previamente (pues eso equivaldría a funcionar como un programa informático que genera discursos ya hechos). Si algo ocurre, uno se interroga: ¿qué es lo que

está sucediendo? ¿De dónde procede este acontecimiento? ¿Cómo puedo comprenderlo, analizarlo? ¿Cómo ser fiel a mis compromisos anteriores sin transformarlos en principios rígidos incapaces de adaptarse al momento presente, considerando no obstante que sólo hay fidelidad a lo que uno ha sido si sabe cambiar cuando el mundo cambia?

La decisión del alcalde de San Francisco de entregar certificados de matrimonio a parejas del mismo sexo desencadenó en mí un proceso de interrogación que confluyó con el sentimiento de cólera que había experimentado algunos días antes, cuando se produjo la agresión a un *gay* en el norte de Francia, quemado vivo y dejado por muerto por sus agresores. Ello había puesto en evidencia la hipocresía de los responsables gubernamentales, unánimes en condenar ese “odioso acto” cuando la mayoría de ellos se habían opuesto, con una vehemencia difícil de olvidar, al reconocimiento legal de las parejas del mismo sexo, y por lo tanto al reconocimiento legal de la pareja que ese muchacho forma con su compañero.

El choque frontal de estas dos noticias me llevó a imaginar que era preciso que nosotros planteáramos de manera total y absoluta la cuestión de los derechos de las parejas del mismo sexo y de la legalidad jurídica y social. A ya no conformarnos con lo poco que se habían dignado concederles. Y a partir de allí multiplicar las interrogaciones y las reivindicaciones: el matrimonio como núcleo de un cuestionamiento generalizado.

No ignoro que hubiera sido más fácil y más gratificante escoger la actitud inversa, la que consiste en denunciar la reivindicación del derecho al matrimonio como “conformista”. Más fácil, puesto que no compromete a nada, y más gratificante pues permite distinguirse de la “masa” homosexual adoptando la pose del radicalismo trasgresor. Este tipo de discursos garantiza a quienes lo sostienen, con que adopten un poco el tono de quien tiene conciencia de desafiar al orden establecido, lo que llamaba Foucault el “beneficio del locutor”, cuando ironizaba, en *La voluntad de saber*, a mediados de la década de 1970, sobre las proclamaciones “subversivas” de quienes se enorgullecían de encarnar la “liberación sexual”.³ Pero como lo demuestra la continuación de su libro, hay transgresiones que pueden no ser sino el reverso del orden que afirman desafiar, y se quedan atrapadas en las mallas del mismo dispositivo.

Por otro lado se ve cómo, en el caso que me interesa aquí, el discurso que pretende ser radical puede corresponder a las expectativas del discurso conservador tal como es machacado durante toda la jornada por psicoanalistas, periodistas, responsables políticos que afirman a voz en cuello lamentar que

los homosexuales hayan renunciado a su función subversiva, en la que les gustaría acantonarlos para poder negarles mejor los derechos reivindicados. Pero este discurso convencional, esperado y que presenta la gran ventaja para quienes lo sostienen, que es recibido y aplaudido antes de que lo hayan pronunciado, a menudo no es sino una máscara cómoda de la pereza intelectual y política: evita tener que afrontar la situación presente o volver a examinar la historia de la relación de los homosexuales con el matrimonio, preguntándose por qué por ejemplo se cree (y a menudo se machaca) que los homosexuales habrían rechazado el matrimonio antes de haber concebido la bizarra idea de solicitarlo, mientras que, en realidad, a lo largo de los siglos XIX y XX la inmensa mayoría de los *gays* y de las lesbianas han vivido en el marco de los matrimonios de heterosexuales, lo cual es aún el caso en la actualidad en numerosos lugares y en todos los medios sociales.

O por qué se nos habla de “modos de vida *gay*” (olvidando por lo general a las lesbianas), que implicarían necesariamente el multipartenariato y el nomadismo sexual, como si numerosos *gays* y lesbianas no hubieran vivido en pareja durable, estable, pensándose a sí mismos como personas casadas. Fue el caso de las parejas célebres, como las que formaban Gertrude Stein y Alice Toklas, o Benjamin Britten y Peter Pears, quienes quizá se habrían casado si hubieran tenido derecho de hacerlo. Pero también es verdad para numerosas parejas que pertenecen a clases populares que los discursos pretendidamente “radicales” remiten, sin que se tenga cuidado de ello, a la invisibilidad política y cultural.

¿Acaso no es el encuentro, el cruzamiento, la articulación de estas dos realidades demasiado clásicas —la pareja homosexual durable y el matrimonio heterosexual de los *gays* y las lesbianas— lo que define el nuevo momento en el cual hemos entrado y la configuración inédita de la reivindicación *gay* y lesbiana que es producto de ello? Entonces el problema no es ¿por qué los homosexuales quieren casarse? Siempre han estado casados. Sino más bien ¿qué es lo que perturba, en el orden social y sexual, que *gays* y lesbianas reivindiquen la posibilidad de hacerlo en el marco de las parejas del mismo sexo? Y ¿por qué los guardianes del orden establecido se movilizan con tanta energía para impedirselos? ¿Qué miedo inmemorial hacia la homosexualidad obsesiona los días y las noches de todos esos conservadores?

Pero también, en el otro polo del espacio político, ¿por qué la voluntad que anima la política y la teoría *queer* de abrir el espacio de la reflexión *gay* y lesbiana y de la acción transformadora a la multiplicidad de las identidades debería

Deleuze y Guattari, Barthes, Wittig y algunos otros. Pero esta tentativa –un poco abstracta– de actualización entró en resonancia con estos movimientos de nuestros días que se suelen contraponer con demasiada facilidad con la década de 1970, y que se tienden a describir como una “traición” de los ideales de aquella época. Esto me incitó a repensar el problema de la herencia y el de la actualización. Si heredar equivale a hacer funcionar un legado en la presente situación, es importante evitar convertir aquello que se hereda en un punto de referencia definitivo e inmóvil a partir del cual se podría juzgar todo lo que se produjo después y continúa produciéndose. Es incluso lo contrario lo que conviene emprender: volver a colocar en la obra [*chantier*] lo que se pensó en aquel momento (en relación con las luchas de aquel tiempo) a partir de las batallas y de lo que se juega en la actualidad. Lo cual resulta mucho menos fácil, estoy de acuerdo, pero más interesante.

Sé bien que no faltará la objeción de que algunas reivindicaciones cuyo carácter desestabilizador y subversivo describiré se convertirán mañana –y de cierta manera lo contienen ya– en realidades normativas, o en todo caso “normales”, demasiado “normales” y que corren el riesgo de bloquear la invención y la innovación de modos de vida diferentes, alternativos. A esta observación es conveniente dar diversas respuestas: además de que también se tiene el derecho de ser conformista, a aspirar a la normalidad cuando se es *gay* o lesbiana, me parece que la “subversión” no es un valor absoluto sino que siempre corresponde a un gesto efectivo y ubicado (se subvierte algo en un momento dado, de lo contrario el discurso de la “subversión” permanece como un encantamiento vacío que no subvierte nada). Por otra parte, nunca hay subversión pura, protegida para siempre del peligro de contaminarse por el conformismo o de alcanzar un día la banalidad cotidiana de lo que es evidente y está admitido por todos, incluso contribuir a instaurar un nuevo paradigma cultural o jurídico cuyas consecuencias deban entonces verse sometidas a una crítica más intransigente que la que fue puesta en obra, por los combates que se convirtieron en victorias, contra el antiguo paradigma.⁶

Quizá sea la suerte reservada a cualquier movimiento: lo que hace que se muevan las cosas está destinado a inmovilizarlas más adelante. Eso no quiere para nada decir que sea preciso mantener alejado el compromiso. Sino que a menudo se libran batallas para posibilitar lo que se deberá criticar el día de mañana. Como decía Pasolini, en el bello texto citado por Barthes en su lección inaugural en el Collège de France, no hay que preocuparse demasiado por el hecho de que un

movimiento pueda ser recuperado por los poderes, transformarse a su vez en poder. Pero si sucede eso será necesario, si no “renegar” de lo que hemos hecho, por lo menos, como dice Barthes, “desplazarse”. Ésa es la palabra: *desplazarse*, desplazarse siempre con un gesto de apartamiento, dar un paso al lado. Para volver a producir novedad allí donde eso que es nuevo ahora estará a punto de volverse viejo.

Lo que cuenta es el punto estratégico en el que se libran los combates del momento, allí donde los límites impuestos a nuestras libertades están a punto de ser destrabados, rechazados, franqueados. Me gusta mucho el verso de Jean Genet: “En ese instante frágil en el que todo era posible”. Ésos son los instantes que me interesan: cuando todo se sacude, cuando el orden vacila a nuestro alrededor, cuando la repetición del pasado y la producción de lo idéntico dan paso a lo incierto. En una palabra, cuando el porvenir se anuncia ante nuestra vista, bajando del cielo de la utopía para inscribirse en el siglo, por poco –pero es una tarea inmensa– que uno sepa obrar, de suerte que estas posibilidades fugaces no queden como letra muerta o no sean asfixiadas por las instancias conservadoras en coalición contra ellas.

Sin duda alguna el matrimonio de Bègles pertenece a la categoría de esos “instantes frágiles” cantados por Genet. Incumbe a nosotros apoyar su acontecer, multiplicar sus efectos y –¿por qué no?– expresar la belleza que le es propia. •

San Francisco, 9 de septiembre de 2004

Notas

¹El presente texto es el prefacio al libro *Sur cet instant fragile* (París, 2004).

²He desarrollado mi punto de vista a este respecto en *Reflexiones sobre la cuestión gay* (en especial en la sección dedicada a Foucault) y en mi ensayo “Comment on s’arrange. Les homosexuels, le couple et la psychanalyse”, en *Hérésies*, París, Fayard, 2003.

³Véanse las primeras páginas de *La voluntad de saber*, París, Gallimard, 1976, en particular las pp. 12-14.

⁴Sobre la transformación política *queer* en discurso de exclusión ver más adelante, p. 192 (de *La voluntad de saber*), a propósito del coloquio Queer Matters que se celebró en Londres a fines de mayo de 2004.

⁵Michel Foucault, “*Il faut défendre la société*”. *Cours au Collège de France, 1976*, París, Gallimard/Seuil, 1997, pp. 7-10.

⁶Sobre este punto véanse las importantes reflexiones de Marcela Iacub a propósito del movimiento feminista, en *L’empire du ventre. Une autre histoire de la maternité*, París, Fayard, 2004.

DIDIER ERIBON es un reconocido filósofo francés contemporáneo, historiador del pensamiento y colaborador habitual de *Le Nouvel Observateur*; es célebre por su biografía de Michel Foucault y por su ensayo político filosófico *Reflexiones sobre la cuestión gay*.